

SANACIÓN INTERIOR PARA UNA ECOLOGÍA INTEGRAL

P. Eduardo Agosta Scarel, O.Carm.

Agosta, E. (2021). A cura interior para uma ecologia integral. *Revista de Espiritualidade*, 29, 41-54.

Artículo de la conferencia brindada en el VIII Congreso de Espiritualidad “Conversão interior para uma ecologia integral”, Fátima, 24 de noviembre de 2020.

Desde la llegada de *Laudato Si'* (LS), la carta encíclica del Papa Francisco en el 2015, el concepto de *ecología integral* es una categoría clave para el pensar creyente sobre nuestra relación con la naturaleza, nuestro lugar en la creación. Ella nos permite ahondar en la relación entre nuestra fe y el cuidado de la creación, y entre nuestra misión de testigos del Reino de Dios y la justicia social y ambiental que le acompaña. Trataremos de ver juntos cómo la espiritualidad, o la actitud contemplativa, puede ayudarnos en esta causa de la justicia socioambiental.

¿QUÉ ENTENDEMOS POR ECOLOGÍA INTEGRAL?

Ecología integral es un concepto compuesto y se explica con el significado de ambas palabras. La

primera es *ecología*, que se entiende como la comprensión profunda de las relaciones presentes entre el ambiente físico de un lugar y la vida contenida en él. Relaciones armoniosas que permiten un despliegue equilibrado y saludable de las potencialidades de la vida en esa geografía. Se trata de conocer, estudiar y administrar el equilibrio de las relaciones presentes en ese espacio físico y vital, que posibilita la vida en cualquiera de sus formas, humana, animal y vegetal. La segunda palabra es *integral*, con la cual queremos indicar, desde el punto de vista científico, que “todo está conectado” en esta Tierra (cf. LS 137). Esto significa que un suceso en un lugar concreto de la Tierra puede afectar o generar otros sucesos en lugares situados a miles de kilómetros de distancia, y esto debido a las propias leyes físicas internas que rigen ese equilibrio ecológico de la Tierra.

Pero, para el Papa Francisco, en *Laudato Si'* la *ecología integral* debe abrirse a otras categorías del



pensamiento, que superen meramente las leyes físicas y se abran a la dimensión espiritual de la realidad (cf. LS 11) hasta llegar a ser una clave del pensamiento creyente. Es decir, la ecología integral, en la cual “todo está conectado”, incluye también la dimensión sagrada de la creación que ella posee por ser obra del amor de Dios. Hay un hondo vínculo entre el Ser Divino Creador y las criaturas que no hay que silenciar: eso es *ecología integral*.

¿QUÉ ENTENDEMOS POR ESPIRITUALIDAD?

Asimismo, la palabra “espiritualidad” en la tradición cristiana es un término muy versátil, pues, suele expresar diversas cosas según la época. Básicamente espiritualidad significa vivir guiados por el Espíritu de Dios. Esa vida en el Espíritu se concretiza mediante ciertas disposiciones de la inteligencia, la voluntad y el comportamiento coherente con el Evangelio dentro la vida del creyente¹. Os propongo entonces entender la espiritualidad como el conjunto de creencias y valores, o sea, motivaciones de fe, que una vez descubiertos por la luz de la inteligencia, se vislumbran en la mente como buenos, verdaderos y bellos y se aprenden con gran satisfacción del deseo. Descubrir las motivaciones de fe con gozo del corazón, es decir, con satisfacción afectiva, significa que los valores y creencias son cargados con la fuerza de la pasión del amor, mi afectividad se ve involucrada. No son una pesada carga, o una imposición a cumplir, sino una adopción feliz y positiva. Mi corazón humano se conmueve ante ellos; se produce el *cambio de corazón* (cf. LS 215). Y esos valores se hacen innegociables, convicciones de vida, capaces de orientar mis fuerzas más profundas que nacen del deseo, y me ponen en camino, orientándome a realizar comportamientos y actitudes acorde a esos valores asumidos. Esta espiritualidad de valores y motivación genera en mí cambios duraderos de mentalidad (conversión) y cambios sostenibles en el obrar consecuente, porque nacen de la convicción y el amor. Estos cambios así generados son garantía de lograr la transformación de la realidad personal y comunitaria.

En pocas palabras, como sugiere una escritora benedictina, monja de clausura, se trata de una espiritualidad para la cual lo importante es *lo que*

*hacemos debido a lo que decimos que creemos, en vez de ponernos a indagar meramente en las creencias*². Es una fe puesta en obras. Como dice el apóstol Santiago, “Pruébame tu fe sin obras y yo te probaré por las obras mi fe” (St 2,18). Entender la espiritualidad como la realización de grandes valores y motivaciones de fe, intuiciones que el Espíritu Santo suscita en nosotros, nos pone en sintonía con Laudato Si” (cf. LS 64) y con la *espiritualidad de la ecología* que de ella se desprende (cf. Evangelium Gaudi 28).

CONEXIÓN ENTRE ECOLOGÍA INTEGRAL, JUSTICIA SOCIOAMBIENTAL Y ESPIRITUALIDAD

En el plano de la fe, entonces, la ecología integral indica que el equilibrio ecológico en una particular geografía, por un lado, y la justicia social, es decir, la justa distribución de los bienes de la Tierra entre los seres humanos, en ese espacio concreto, por el otro, son dos caras de la misma moneda, están unidas. Hacer justicia con el oprimido, el vulnerable o el excluido del sistema económico o social, por ejemplo, y cuidar de la naturaleza a través de, por ejemplo, actividades de defensa del ambiente, el reciclado, la reutilización o la reparación de bienes, van unidas y forman parte de los signos de esperanza del Reino de Dios que ya está presente entre nosotros, en el que se imparte la justicia y la paz. Esto es así porque los seres humanos y la naturaleza somos parte de relaciones de vida interdependientes, imposibles de separar. El bien que uno hace a la naturaleza repercute en el bienestar de los seres humanos, y viceversa.

Con estas ideas, es claro que desde la ecología integral nace un nuevo paradigma de justicia para la acción pastoral de la Iglesia, que es la justicia social y la justicia ambiental integradas en una única *justicia socioambiental*, como tan bien lo resume el Papa Francisco: “un verdadero planteo ecológico se convierte siempre en un planteo social, que debe integrar la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar tanto *el clamor de la Tierra como el clamor de los pobres*” (LS 49).

Ecología integral indica, pues, que mi fe y esperanza escatológica de “*cielos nuevos y tierra nueva*” (Ap

1 Cf. La entrada espiritualidad contemporánea, en S. de Fiores et al. (1991), *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*.

2 Cf. Chittister, J. D. (1998). *El fuego en estas cenizas. Espiritualidad de la vida religiosa hoy*. Sal Terrae, Santander, p. 139.

21,1) es equiparable a la acción evangélica propuesta por Jesús “cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt 25,40). La ecología integral nos ayuda a conectar el ejercicio del cuidado del mundo natural con aquél de la justicia por los más pobres y desfavorecidos de la Tierra, que son la opción preferida de Dios en la historia revelada, su propia identificación, en la que se incluye a todas las criaturas (cf. Mt 25,40 ss).



De lo anterior es claro que la ecología integral supone la *espiritualidad de la ecología*, que es, como se ha dicho, una manera nueva de vivir según los valores y creencias que nacen de la Buena Noticia de Jesús y que rigen las opciones y decisiones fundamentales de la vida en clave ecológica. Una manera nueva de vivir que conforma un estilo de vida alternativo a la cultura dominante, de puro consumo y de descarte. El ejercicio del cuidado de la creación al mismo tiempo puede llegar a ser una manera de expresar o, incluso, facilitar mi conexión con Dios, mi intimidad con la Palabra.

Por lo tanto, la conexión entre ecología integral y espiritualidad es darnos cuenta de que el fin último de la espiritualidad cristiana (y humana en general) es similar al de la ecología integral, que es alcanzar la armonía, el equilibrio, la paz, a través de relaciones de justicia con todo lo creado, contigo mismo y con Dios. Históricamente los carmelitas hemos llamado a este horizonte, contemplación.

“Tenemos que reconocer que no siempre los cristianos hemos recogido y desarrollado las riquezas que Dios ha dado a la Iglesia, donde la espiritualidad no está desconectada del propio cuerpo ni de la naturaleza o de las realidades de este mundo, sino que se vive con ellas y en ellas, en comunión con todo lo que nos rodea” (LS 216).

LA CONTEMPLACIÓN, COMO CAMINO DE SANACIÓN INTERIOR

La enseñanza de nuestros santos carmelitas nos muestra que la contemplación debe entenderse como un movimiento interior hacia el equilibrio de las fuerzas que amañan el corazón humano. Equilibrio al que solemos llamar felicidad, experimentada a menudo como paz interior, o sosiego. Pero no se trata de un estado final de quietud de las pasiones afectivas e impulsos del espíritu humano como si desaparecieran en la nada, o como si ellos no existieran. Por el contrario, ellas siguen allí, pero son vividas desde otro lugar más elevado, integrado, al que nos sitúa la experiencia de Dios que se realiza en contacto con la realidad, como veremos a continuación.

Echando mano de la psicología de la experiencia religiosa en el creyente, siguiendo a autores de la talla de Viktor Frankl³, Antoine Vergote⁴, Luigi Rulla⁵, o Carlos Domínguez Morano⁶, es posible decir que ella se trata de un proceso de profunda autorreflexión en dos momentos, uno psicoafectivo, o momento de aprendizaje del propio mundo afectivo, y el otro ético-espiritual, o momento de definición de valores trascendentales, que provienen del Espíritu, es decir de la íntima experiencia y conocimiento de Dios a través de la creación y del contacto con los más vulnerables. En su conjunto, es un itinerario de búsqueda existencial que nos lleva al conocimiento propio y de Dios, para echar luz a la oscuridad de nuestro mundo interior y sanar nuestro corazón herido. Como aconseja santa Teresa de Ávila al decirnos que, “conocerse a uno mismo es

3 Cf. Frankl, V. (1977). *Dio nell'inconscio*. Morcelliana, Brescia.

4 Cf. Vergote, A. (1975). *Psicología religiosa*. Taurus, Madrid.

5 Cf. Rulla, L.M. (1976). *Psicología del profundo e vocazione: la persona*. Marietti, Turín.

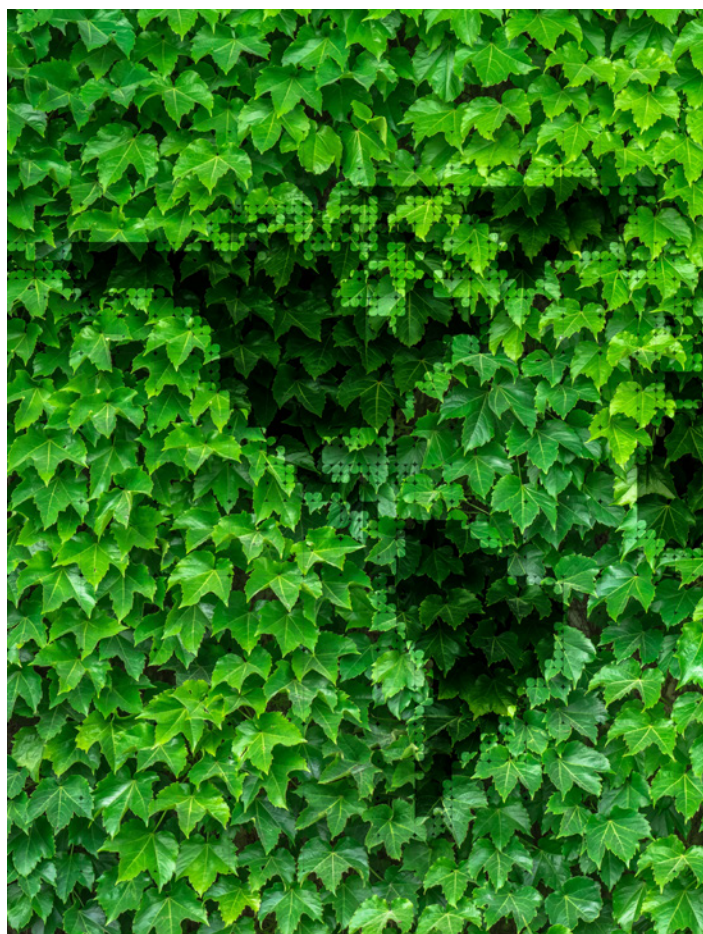
6 Cf. Domínguez-Morano, C. (1992). *Creer después de Freud*. Paulinas, Madrid.

tan importante que yo no quisiera ningún descanso en este aspecto, no importa cuan alto haya llegado Nunca, no importa cuan exaltada pueda estar el alma, hay nada más conveniente que el propio conocimiento, sin él todo sale mal... Todas nuestras pruebas y perturbaciones provienen de no comprendernos a nosotros mismos ...”⁷.

La psicología del siglo pasado no ha dado luces para entender el dinamismo espiritual. De esta manera, el primer momento es el conocimiento psicoafectivo, que se adquiere aprendiendo a identificar lo que sentimos, lo que nos pasa, lo que nos empuja a estar con cierto estado de ánimo, o a reaccionar de cierta manera. Se trata de poner ciertas palabras a los sentimientos y emociones que, como dinamismos internos, nos manejan el comportamiento desde dentro (alegría, tristeza, serenidad, enojo, fastidio, gozo, etc.). Ellos están íntimamente relacionados con la fuerza del deseo. Si el deseo es satisfecho en el plano de la realización, se produce la liberación de la tensión afectiva interna y genera sentimientos y emociones positivos. Por el contrario, la imposibilidad de satisfacer el deseo genera frustración y negatividad afectiva. Es también un avance en el camino espiritual cuando podemos reconocer cuáles son nuestras necesidades más importantes, que suelen ser muchas, puesto que somos menesterosos y constantemente necesitamos de los otros y también necesitamos que los otros nos necesiten. Por ende, se trata también de reconocer y aceptar que somos así, que el mundo de los deseos nos hace seres humanos. Pues, gracias a que somos seres “deseantes”, es que exploramos nuestro cuerpo y entramos en contacto con el exterior desde pequeños. Interactuamos con otras personas y con el ambiente con el fin de cubrir nuestras necesidades y satisfacer el deseo. Nos enseña la psicología que, en ese proceso de intercambios, vamos dando forma a nuestro ser personal, único e irrepetible, llegando a ser quienes somos hoy en día.

El segundo momento ético-espiritual en esta búsqueda de sentido a la vida consiste en apropiarnos de valores primordiales, es decir, internalizar valores que al realizarlos en la vida cotidiana dan sentido a nuestra existencia. Ella cobra mayor sentido cuando es vivida en relación con los otros, cuando los valores incluyen a los otros, están puesto más allá de la mera satisfacción individual. Los valores son como tensores que ejercen tracción sobre las fuerzas del deseo, orientándolo hacia una determinada dirección dentro del espacio de la propia existencia. Esa orientación para

el creyente es la vivencia del llamado, de la vocación, que Dios tiene pensado para nosotros. Los valores son, por tanto, ideas o palabras que tienen la capacidad de movilizarnos desde dentro porque las queremos. Son los principios rectores de la vida que, una vez descubiertos por la mente, o que tomamos conciencia de ellos, son innegociables. Los valores son nociones mentales que ayudan a canalizar la afectividad en un proyecto de vida consistente.



En definitiva, el camino espiritual del contemplativo es un aprender que el ser humano se revela como *homo pathiens* más que como *homo sapiens*, usando la imagen del filósofo alemán Max Scheler⁸. Esto significa que el ser humano es un ser afectivo que desea, padece y resuena en contacto con la realidad propia y ajena a sí mismo, que responde desde sí con su obrar, creciendo en el dominio de sí y madurando en su libertad interior para finalmente enriquecerse existencialmente de aquella realidad que no es otra cosa que su propia existencia y el entorno, con vocación hacia un más allá de sí mismo, a trascender los propios deseos.

7 Teresa de Ávila, *Primeras Moradas*, 2,9.

8 Cf. Scheler, M. (1977). *El sentido del sufrimiento*. Goncourt, Buenos Aires.

De lo anterior, vemos que la contemplación como camino, o proceso, de aprendizaje es un ejercicio de reconocer y aceptar sin temores que el deseo humano es fuente de fuerzas vitales de nuestra concreta realidad personal en el plano de la afectividad y la sexualidad y de nuestras pasiones más profundas de conocer y dominar. Conocer aquellos resortes del propio mundo del deseo que más resuenan en la propia afectividad podrá ayudar a ser capacitado por Dios con nuevos valores existenciales para reorientarlos hacia nuevos



finés e integrar sanadoramente la existencia personal en el querer de Dios.

SOBRE LOS TIPOS DE VALORES

Siguiendo al fundador de la logoterapia en su libro "El hombre doliente"⁹, hay tres tipos de valores cuya realización llena de sentido la existencia humana: i) Los **valores creativos**, cuya realización consiste en crear algo, configurar el mundo exterior por medio de, por ejemplo, la ciencia, la técnica o el arte. Requiere de nuestros talentos, de la capacidad creativa individual

presente de antemano en la naturaleza de cada uno. ii) Los **valores vivenciales**, por ejemplo, la belleza, la verdad o la bondad del ser, que se realizan al asumir, disfrutar o gozar la realidad, el mundo, a través de los sentidos. La clave está en la mediación de la sensibilidad corporal, de la capacidad sensitiva a priori. Y, iii) los **valores actitudinales** que surgen de la imposibilidad de realizar los anteriores valores en el mundo y en el destino personal. Es el camino de la renuncia y del sufrimiento. Esto último, para que tenga un sentido, siempre ha de ser renuncia o sufrimiento por *algo mayor y mejor*.

En este aspecto quizá se entienda mejor el camino de desasimiento o desapego a las criaturas (cosas o bienes) que proponen nuestros místicos carmelitas, para lograr el encuentro de la persona con Dios en su camino de búsqueda espiritual. Como la purificación interior es un proceso de aprendizaje psicoafectivo (poner palabras, identificar movimientos internos) y ético-espiritual (incorporar valores trascendentales), donde el deseo juega un rol primordial, la búsqueda de Dios está comandada por la fuerza del amor. Cuanto más ocupado esté nuestro corazón en las cosas y afanes de esta vida, menos intensidad tendrá para ese encuentro en libertad y gozo. El deseo se fragmenta en tantos apegos múltiples como criaturas nos atraen. Y sólo el haber encontrado *un amor mayor y mejor*, que se puede dar, por ejemplo, en la experiencia de Dios, hará posible la renuncia positiva a otros bienes que nos resultan tan atractivos y nos impiden ponernos en camino de unión mística. San Juan de la Cruz describe así el éxito de este proceso de purificación: "*otro [deseo] mayor de otro amor mejor, que es Dios mismo, para que, teniendo su gusto y fuerza en éste, tuviesen valor y constancia para fácilmente negar todos los otros*"¹⁰.

Mientras que la realización de los valores creativos y vivenciales constituyen la configuración del mundo exterior por parte del sujeto, los valores actitudinales constituyen la configuración interna o dominio de sí, en plena libertad interior, consciente y voluntariamente, frente a las adversidades. Son los valores que abren a lo trascendente. Es en este nivel donde los valores de fe, tales como la caridad, la esperanza o la confianza en Dios, nos ofrecen los mejores resortes para darle el mayor sentido a todas las vivencias de nuestra existencia humana, muchas veces golpeada por la frustración.

De lo dicho, se hace evidente que la realización de valores da sentido a la existencia porque hay consistencia entre el deseo que es satisfecho por la vivencia del

9 Frankl, V. (1987). *Fundamentos de la Psicoterapia*. Herder, Barcelona.

10 *Subida al Monte Carmelo*, Libro I, 14,2.

valor, la transformación positiva de la realidad personal y comunitaria que se genera, o el propio dominio de sí para la postergación con positividad. Se aprenden estando en contacto con personas significativas para nosotros y que han encarnado esos valores en vidas coherentes con ellos. La oración confiada en Dios, que siempre está, amando y cuidando, y la meditación de la Palabra, son asimismo un espacio privilegiado para la internalización de valores vivenciales.

VALORES QUE TRASCIENDEN Y SANAN

Francisco en *Laudato Si'* nos indica que *“las convicciones de la fe (valores cargados de pasión) ofrecen a los cristianos, y en parte también a otros creyentes, grandes motivaciones para el cuidado de la naturaleza y de los hermanos y hermanas más frágiles”* (LS 64). Es decir que la realización de los valores del Evangelio que hacen posible la convivencia, el sacrificio y la bondad, tales como el amor, la justicia y la paz, en una vida coherente con ellos nos llevará necesaria y naturalmente al cuidado de la creación. O, mejor dicho, el cuidado de la creación por amor de Dios es una manera de expresar la propia fe y ser coherentes con ella (cf. LS 200). Por eso para él, *“es un bien para la humanidad y para el mundo que los creyentes reconozcamos mejor los compromisos ecológicos que brotan de nuestras convicciones”* (LS 64). La fe en la creación, por ejemplo, nos dice que las demás criaturas no están allí sólo para nosotros, sino que, junto a nosotros, tienden hacia el Creador por medio de Cristo resucitado que lo abraza todo. La fe en la creación nos indica que todo el universo material refleja a Dios. Cuanto existe es obra del cariño desmesurado de Dios hacia nosotros: la montaña, el mar, los bosques, todo es caricia de Dios. No podemos hacer un uso despótico o dominador sobre el resto de las criaturas. Cada criatura tiene un rol preciso en el conjunto de las relaciones de la creación que nos demuestran la inagotable riqueza del mismo Dios. (cf. LS 83-86). El Papa Francisco destaca que *“el ser humano, dotado de inteligencia y de amor (esto es, de capacidad de discernir valores y cargarlos con pasión), y atraído por la plenitud de Cristo, está llamado a reconducir todas las criaturas a su Creador”* como sentido último de su existencia.

LA CRISIS ECOLÓGICA ACTUAL

Sin embargo, la cultura actual nos ha impuesto desde pequeños como esenciales valores en pos de abrazar únicamente la felicidad en clave individualista, materialista y hedonista, en la que no cabe la privación o la ausencia de bienes y la postergación o renuncia de la inmediata satisfacción del propio deseo. Este estilo de vida, que tiende al sobreconsumo, va en

detrimento de la naturaleza. Es decir, desde pequeños se nos ha enseñado que la felicidad hay que entenderla únicamente como cumbre de la satisfacción material de los deseos y su clave está en el consumir bienes de la Tierra. Es un estilo de vida que sólo busca sin postergación, liberar la tensión de los deseos básicos, que siempre han estado allí, pero también la de los deseos nuevos, creados manipuladoramente por la publicidad. En este sentido, el individuo no es libre de elegir realmente lo que necesita. Francisco identifica este estilo de vida como la cultura del sobreconsumo y del descarte, que se basa en que cada consumidor aspire siempre a más: comprar más, tener más, consumir más. Todo es poco, insuficiente, o si es bastante, lo será transitoriamente por el cambio de la moda.

Los valores que se acuñaron como esenciales el siglo pasado son, por ejemplo, *lo lleno es mejor que lo vacío, lo grande que lo pequeño, lo mucho que lo poco*. También se nos enseñó que uno es más feliz, más satisfecho, si uno logra metas siempre crecientes: *cuanto mayor, más grande, mucho más, y más aprisa, mejor*. En consecuencia, casi inconscientemente, buscamos en el día a día, sin descanso, llenarlo todo con todo lo que esté al alcance, siendo incapaces de detenernos, y sentarnos a mirar alrededor y gozar el estar allí, sin pretender más. Como se ha dicho, se trata de una realización del ser humano excesivamente materialista, sin un horizonte trascendente, sin posibilidad de la contemplación.

Estos valores son antihumanos, y por tanto antiecológicos, pues se aprovechan de que el mecanismo psicológico-espiritual del deseo humano es manipulable por factores ajenos a la libertad y la capacidad de decisión de cada sujeto. Hoy en día la legalidad y la moda fomentada por la publicidad de bienes y servicios de consumo, o por exhibicionismo en las redes sociales, se han convertido en fuerzas externas que nos gobiernan internamente sin que podamos oponer resistencia. Así, los valores propuestos socialmente por esta sociedad de la producción y el sobreconsumo son mayormente los vivenciales individualistas: vale todo lo que nos entre por los sentidos. No incluyen los valores actitudinales, de la postergación y la renuncia por algo mejor o por alguien, y los valores creativos se reducen a la consecución del mero intercambio para el consumo.

La sana psicología nos ha planteado que el drama existencial de los hombres y mujeres de todos los tiempos es que *el deseo humano es ilimitado*¹¹. Por tanto, basar nuestra realización humana en el calmar la insatisfacción del deseo es una vía que nos conduce

11 Cf. Juan de la Cruz, *Llama de amor viva*, 3, 18-21

al abismo. Para el místico carmelita san Juan de la Cruz, esto es así porque *el corazón humano no se satisface con menos de Infinito*¹². El infinito al que se refiere este santo no es otro que el propio Dios. Por eso, cuando el deseo humano se libera a escala global materialmente, en el plano inmanente sin lugar a la experiencia trascendente, todos los bienes de la Tierra son insuficientes para satisfacerlo. La Tierra se ve abocada a la implosión. Los límites físicos del planeta, insuficientes en comparación con la magnitud del deseo, son evidentemente los límites naturales que se imponen al florecimiento humano basado puramente en el deseo insatisfecho.

LA EXPERIENCIA DE DIOS

Por eso considero que la espiritualidad puede ser a la vez propuesta ecológica e itinerario personal hacia una transformación sanadora. La enseñanza de nuestros maestros se basa principalmente en el dinamismo espiritual tradicional y carmelitano del *vacare Deo*, que es un dinamismo afectivo de purificación interior para que Dios ocupe nuestro centro existencial. Según esta tradición contemplativa, el camino espiritual hace madurar el deseo humano. En otras palabras: si queremos que madure el deseo humano necesitamos canalizar sus fuerzas intrínsecas hacia metas sanas, valores trascendentales, tanto para el individuo como para la sociedad, y eso tendrá claros efectos sanadores en la creación porque la liberarnos de la carga de satisfacer material y permanentemente la voracidad de nuestro deseo.

Para el carmelita, el camino contemplativo ha de un proceso que te lleve a pasar de un universo personal, múltiple, repleto y fragmentado de pasiones, deseos, bienes, personas, metas y proyectos, hacia otro más simple, más vacío y unificado, cuyo centro fundante es la experiencia de Dios, del Amor de Dios. Esa experiencia otorgará plenitud afectiva pero no física, pues siempre tendremos necesidades de personas y bienes. Santa Teresa nos dirá que es así porque “no somos ángeles”. Somos criaturas del deseo, y las pasiones efectivamente nos movilizan a amar y trabajar para cuidar a los otros y transformar nuestro entorno en un lugar más bello y bueno. En este contexto sano, la experiencia de Dios en tu corazón hará que caigas en la cuenta de que sólo Él basta en la mayoría de las veces.

El drama espiritual del ser humano es justamente perdernos en este itinerario, y hacer a medias el camino vital de aprendizaje contemplativo. El fracaso en la madurez espiritual significa habernos quedado apegados a las “criaturas”, tales como personas,

proyectos, trabajos, bienes, fama, dinero, poder, etc., que pasan por nuestra vida, sin llegar al Creador, Dios, que siempre está trascendentemente. O, dicho de otra manera, haber puesto estas criaturas en el lugar de Dios, pretendiendo que nos colmen plenamente.

En resumen, la contemplación como camino de libertad, supone la experiencia del caminante, usando la metáfora sanjuanista, que tiene como meta buscar a Dios a través de las criaturas, pero sin detenerse en ellas. Lo logra con éxito en la medida que entra en un descubrimiento de su verdadero yo, de sus motivaciones más profundas, de sus deseos y frustraciones, talentos y debilidades, para finalmente aprender valores trascendentales que le permitan establecer relaciones armónicas con el mundo, es decir, las personas, la creación y Dios mismo, desde su personal existencia. Claramente serán nuevas relaciones de justicia, paz e integración con todo lo creado y con Dios mismo, fuente y fin de lo creado.

COROLARIO

La contemplación se aprende haciendo el camino de búsqueda de Dios, de autoconocimiento y de estar en contacto con los otros, especialmente los más pobres y desfavorecidos, y con la creación. En ese contacto íntimo, donde la acción y reacción entran en juego, podremos descubrir nuestra propia pequeñez y vulnerabilidad, el barro del que estamos hecho, y cuán necesitados estamos de Dios, los otros y la creación. Al mismo tiempo, se activará en nosotros la urgencia por el cuidado, la preservación de las criaturas, del pobre, de unos mismo, y del lugar de Dios en este mundo, sin el cual, todo horizonte de trabajo y lucha, por la justicia y la paz, pierde su horizonte de sentido más profundo.

P. Eduardo Agosta Scarel, O.Carm.

LA ESPIRITUALIDAD PUEDE SER A LA VEZ PROPUESTA ECOLÓGICA E ITINERARIO PERSONAL HACIA UNA TRANSFORMACIÓN SANADORA

12 Cf. *Ibíd.* 3, 17